

El gato sobre la cacerola de leche hirviendo



Manuel Valera



Evohé Narrativa

Evoók
Narrativa

**EL GATO SOBRE LA CACEROLA
DE LECHE HIRVIENDO**

Manuel Valera



A los escasos camareros que me supieron tratar.

PRÓLOGO PREFACIANO INTRODUCTORIO

En el principio, los folios estaban blancos y nada había escrito en ellos. Y la tinta se removía dentro del bolígrafo con ganas de crear, con ansia de dar forma a paisajes, a caracteres, a narraciones extraordinarias.

Pero el autor cogió bolígrafo, máquina de escribir y papeles, un paquete de tabaco, un vaso de agua y un cenicero vacío, todo ello con jazz de fondo, y comenzó a escribir en la mesa de una cocina, cuando enero estaba agonizando y el fin de semana era el primero del año en el que el frío remitía.

Los movimientos de mano parieron algunas letras, y el autor vio que eran buenas y dijo: «Que se escriban muchas más como estas, y que juntas den a luz algo con sentido, que entretenga, tenga y sugestione al lector»; y la mano continuó adelante, como si estuviera haciendo muchas firmas seguidas, garabatos incomprensibles desde el otro lado de la mesa, con el humo creador conquistando la cocina en cada bocanada, con los bajos, y con las guitarras, y con las trompetas de fondo.

Y el autor vio que todo eso era bueno, y se encendió otro cigarro, y continuó escribiendo hasta que las manos le sangraron, con lo cual siguió escribiendo con la sangre en vez de con la tinta, y después con el cigarro, y después con la trompeta y con los mofletes del trompetista de jazz, y no paró hasta que el Prólogo Prefaciano Introductorio estuvo acabado.

Y entonces descansó durante el resto de la novela, que se escribió sola.

Así fue, más o menos.

CAPÍTULO 1

Reinaba una gran agitación en la sala. Todo el mundo tenía algo que opinar y lo mejor era decirlo a gritos para que quedaran bien patentes los distintos puntos de vista. Así estuvieron unos treinta minutos, hasta que el que parecía el organizador, un señor más bien bajito y rechoncho, vestido con un traje oscuro y una gran corbata que no iba a juego con el traje, subió al atril y tosió fuertemente. Los chillidos se fueron extinguendo y él ordenó sus papeles. Parecía que traía hilado un discurso.

—Estimados compañeros. —Su voz, chillona—. Estimados todas y todos, todos y todas, vosotros en vuestro conjunto, nos hemos reunido en esta sala, que ni siquiera nos han descrito, y por lo tanto no sabemos cómo es, si grande o pequeña, si hermosa o fea...

—¡Yo creo que es alta y fea! —gritó alguien al fondo de la sala.

—¡No! ¡Es pequeña y hermosa, y con dos ventanas en el techo!

—¡Yo creo que no tiene techo!

El orador agitó sus manos para imponer orden, ya que los asistentes habían roto a gritar de nuevo y discutían animadamente cómo era la sala en la que se encontraban.

—Por favor, amigos, no discutamos más. Da igual lo que digamos, porque el narrador no ha querido darle ninguna forma, ninguna característica concreta, solo ha dicho que estamos en una sala. Pongamos, para entendernos, que es una sala neutra. —Se oyeron algunos aplausos aprobando el concepto de sala neutra—. Por lo tanto, ahora que estamos todos congregados, comencemos a hablar de lo verdaderamente importante para cada uno de nosotros y de

nosotras, cada uno de nosotras y de nosotros, de la multitud en general, del conglomerado. Señores, estamos aquí para desarrollar un argumento. Somos parte de un relato y a cada uno se le ha asignado un papel muy determinado, un personaje necesario para el desarrollo de la trama.

—¿Las tramas son neutras, como la sala? —preguntó alguien, desatando un nuevo griterío.

—¡No, falso! —se oyó—. ¡Las tramas son pequeñas y hermosas!

—¡Por favor! —gritó el orador—. Las tramas no son ni pequeñas, ni hermosas, ni neutras. Las tramas son como las ramas, pero con una «t» delante. —Los aplausos inundaron la sala neutra ante tal demostración de ingenio.

—Gracias, compañeros de novela. Como iba diciendo, aquí tengo el guión del relato. Se llama *El gato sobre la cacerola de leche hirviendo*, ya se sabrá después por qué, y en él se mezclan todos los estilos. Hay un poco de misterio, algo de terror, sexo duro, sexo blando, sexo ni duro ni blando... De todo, en fin. También se dejan caer unas gotas trágicas y alguna reflexión acerca de lo que es el ser vivo y sus concomitancias internas. ¿Está claro?

—¡Jamás aceptaré que haya gotas trágicas! —gritó un tipo desde la cuarta fila. Se levantó, sacando una pistola de la manga y apuntando al orador. Este se quedó inmóvil, aterrado, y vio cómo el de la pistola le disparó. La sala neutra se levantó, contuvo el aliento y un niño empezó a reír al fondo. Afortunadamente para el orador, el proyectil había impactado en su corbata, que era anti-bala.

—¡Aaaarg, no soy un personaje con suerte! —dijo el de la pistola, que acto seguido se pegó un tiro y se derrumbó sobre la silla. La gente, aliviada, aplaudió al orador.

—Gracias, muchas gracias por vuestro apoyo. Este que se ha suicidado se llamaba... —Buscó en los folios—. Sí, se

llamaba Profirio La.

—Será Porfirio... —apuntó alguien, en la pared y con un rotulador negro, de los gordos.

—Su papel consistía en hacer de padre de familia sin mujer ni hijos. Lo sustituiremos por cualquiera de los extras que no pintan nada en la historia, alguien que solo esté para hacer bulto. Bueno, como os iba diciendo, *El gato sobre la cacerola de leche hirviendo* será lo que ocupe nuestra existencia como personajes. No os inquietéis, porque está todo escrito y, surja la duda que surja, aquí están todas las respuestas. Todas. ¿De acuerdo?

Todos asintieron y algún tímido aplauso se oyó. Estaban tranquilos en lo referente a la trama, pero algo impacientes por saber cuál sería el papel de cada uno.

Se colocaron en fila, ocupando el pasillo central que las butacas dejaban en la sala neutra y, muy pomposos, cruzaron los dedos esperando ser el protagonista de la historia, o al menos alguien que marcara para siempre a la literatura venidera. Allí se echaban la suerte y, qué duda cabe, no es lo mismo ser una Dulcinea que un Lord Henry que un Bandini. La expectación colmó la sala y contaminó el ambiente de tal forma que se hizo necesario abrir uno de los ventanales, y eso que ni siquiera ha sido descrito aquí. Todos respiraron mejor, llenando sus pulmones de personajes con un oxígeno que creían necesitar, como la tinta, para vivir.

El orador se colocó bien su corbata anti-bala y eructó de forma sonora sin saber bien para qué. La cuestión es que, cuando carraspeaba con el puño en la boca para darse importancia y hacer así aún más solemne el ya solemne momento, cuando todos los personajes, que aún no lo eran, estaban a punto de explotar de ganas de saber quiénes eran, cuando en las afueras de la sala todo era neblina de

inexistencia y las fuerzas creadoras todavía se afanaban por modelar el pueblo en el que se desarrollaría el relato, cuando eso... ocurrió algo que marcaría decisivamente el resto del capítulo y quizá los venideros.

El tipo que se había metido un balazo en el cráneo se levantó sin que nadie lo notara, porque ya hemos dicho que todos estaban pendientes de su futuro papel, y se acercó, disfrazado de tiesto de margaritas, al orador. Ninguno se extrañó demasiado de que una maceta andara así, por libre, más que nada porque, como en el relato iba a haber un poco de cada género, quién sabía si esa era la nota fantásica que el autor quería introducir en su obra: un tiesto andante. Sin embargo, no faltó quien después se arrepintiera de no haber actuado, ya que el tipo de la bala, disfrazado de jardinera, se puso justo detrás del orador y, sacando una mano de uñas limpias, le arrebató el guión del relato. Los gritos que se produjeron son fáciles de imaginar, y además se deducen sin problema de la siguiente fórmula: $3Px+2Zy (2e\sqrt{\heartsuit})$.

El orador no daba crédito a lo que veían sus ojos. El ladrón se despojó del disfraz de maceta de margaritas y alzó los papeles en señal de triunfo, con expresión idéntica a la que pondría cualquiera que acabara de robar el guión de un relato. Dio una pirueta en el aire con la que pretendió expresar que se sentía libre de las ataduras que imponen un guión, pero nadie entendió el verdadero significado de su acción; la mayoría supuso que lo hizo por un problema con su flora intestinal.

—Bueno, bueno, bueno. Parece que las cosas han cambiado. Si creíais que había muerto, estabais muy equivocados, porque la bala ha quedado incrustada en la placa metálica que tengo en la cabeza desde la Guerra de los Cien Años, como dice la nota a pie de página[1].

Los gritos ahora eran de terror, ya que el tipo se permitía el lujo de insertar por su cuenta notas a pie de página, como se ha visto. La situación se tornaba delicada.

—¡Tú no tienes derecho a hacer eso! —dijo el orador—. Ese guión es el que nos va a permitir a todos seguir el relato. ¡Sin él, estamos perdidos!

—¡Por supuesto que estáis perdidos! ¿Y sabes lo que me importa? ¡Nada! Es más, me paso el guión por las narices, si quieres saberlo, don Dindón.

—¿Don Dindón? —preguntó el orador—. ¿Por qué aludes a mí con ese nombre tan ridículo?

—¡Ja! Porque así te llamas, como dice la nota a pie de página[2]. Pero os digo más. Mi nombre, a partir de ahora no es «el tipo de las pistolas» ni Profirio La. Yo soy «el Candelas», como dice la otra nota a pie de página[3].

Ahora, los gritos eran de horror, porque quedaba claro que el Candelas hacía y deshacía a su gusto, por algo tenía el guión en su poder. Las mismísimas vidas de todos los presentes estaban en sus manos, nunca mejor dicho. El niño que había en el fondo de la sala neutra se puso a reír de miedo.

—Por favor, no te pongas nervioso. Lo que estás haciendo es peligrosísimo. —La voz de don Dindón sonó entrecortada.

—A mí más bien me parece perfectamente detestable —sentenció un tipo que fumaba en pipa desde la cola—. Su actitud, mister Candelas, es del todo reprochable. No la apruebo, sin duda.

—¿Quieres que te ponga un nombre a ti también?

—No crea que me va a asustar con sus amenazas. Soy un personaje dotado de una flema a prueba de bombas.

—Pues en ese caso, señor flemático, no te importara llamarte... No sé, espera, que lo pienso. Mmm... Te llamarás...

Y en ese momento ocurrió algo que todos los personajes recordarían a lo largo del relato. Un relámpago azul marino muy bonito inundó la sala de un azul marino igual de bonito, con el consiguiente trueno, y quemó las páginas del guión. Las manos del Candelas crepitaron. Una lluvia de cenizas candentes cayó al suelo neutro haciendo una montañita donde antes no había nada. A la baldosa donde cayeron se le llamó desde entonces «la de la montañita de las cenizas del guión» o «la de los restos».

—¡Tranquilos! Esto es obra del autor, que nos ha querido librar de la maldad del Candelas —dijo don Dindón—. ¡Agradecemos esta proeza! ¡Nada hemos de temer!

—¡Que os muráis todos, como dice la nota a pie de página! —exclamó el Candelas.

Grandes exclamaciones de alivio se oyeron en la sala, ya que no existe nota a pie de página, mientras algunos se postraban hacia la máquina de escribir, en pose de súplica, y otros orinaban en las esquinas del habitáculo, plasmando letras con gran esmero.

—¡No pienso resignarme! —gritó el Candelas—. Si él cree que me voy a plegar a su voluntad porque pueda irritarme la epidermis de las manos, es que no me conoce todavía. Me voy —dijo bajando del estrado y dirigiéndose a la puerta de la sala, cerrada hasta entonces—. Quien me quiera seguir, que me siga.

Mientras el Candelas se afanaba por abrir las grandes puertas de madera y sus pestillos de hierro, los presentes se miraron unos a otros y por primera vez desde la primera página surgió la duda en sus corazones. ¿Tendría razón el Candelas? ¿Por qué el autor se mostraba tan iracundo y ejercía tal muestra de poder? ¿Podrían ellos mismos dominar sus vidas de personajes, incluso ponerse sus propios nombres? Las puertas giraron sobre sus goznes, que

es lo que pega, y se abrieron dando paso a un torrente de luz que les mostró lo que había en el exterior.

—¡No le sigáis, no le sigáis! —gritaba don Dindón desde el estrado.

Pero el paisaje que habían descubierto era demasiado tentador y todos, menos los que acababan de orinar en las paredes, salieron a contemplar por ellos mismos aquella maravilla. Un hermoso pueblo de casas blancas, encaladas, con una montaña y un bosque frondoso al fondo, dominaba el terreno. Se escuchaban los trinos de cientos de pájaros y el cantar de un río azulísimo, como el de las postales y los cuadros hechos a propósito. El sol brillaba omnipotente en lo alto y jugueteaba con las nubes, cambiantes en su forma y blanquísimas como la nieve, como diez mil cisnes en primavera.

La vista era realmente atractiva, calles empedradas con fuentes cantoras, terrazas en las que pasar el relato bebiendo lo que uno quisiera, y magníficas flores de todos los tonos posibles e imposibles en cada balcón, en cada ventana. La ovación fue tremenda, hasta el Candelas se quedó impresionado y comenzó a aplaudir la descripción. Algunos desterraron de su mente los miedos abrigados hasta entonces, pues habían temido que la historia se desarrollara en casuchas malolientes o un suburbio sucio de ciudad, sin luz ni calor. El Candelas se volvió hacia sus compañeros de relato y les dijo solemnemente:

—Amigos, todo esto puede ser nuestro. Vosotros elegís. Me seguís a mí y pasamos del narrador, o seguís a don Dindón y a su tirano. —El pobre orador estaba al fondo de la sala neutra, que ahora parecía demasiado oscura, en actitud ridícula y con la corbata anti-bala descolocada.

Los presentes empezaron a murmurar. Estaba claro que la decisión que tomaran en ese momento marcaría sus vidas

hasta la palabra «FIN». El Candelas se sacó un paquete de tabaco del bolsillo y encendió un cigarrillo.

—Eh, ¿quién te ha dado permiso para fumar? Es más, ¿cómo es que tienes tabaco? —preguntó un señor que tenía un champiñón por cabeza.

—Cuando tenía el guión en la mano deseé fumar e, instantáneamente, apareció el tabaco en el bolsillo.

—Y si te seguimos, ¿viviremos en ese pueblo, haciendo lo que nos dé la gana? —quiso saber alguien.

—No sé dónde viviremos, sinceramente, pero al menos os prometo una cosa: cada uno hará lo que le venga en gana.

—¡A mí me viene en gana aparearme! —La voz era de una señorita de buen ver que vestía de luto y tenía un rosario en la mano.

—¡Rápido, conmigo! —le respondió el Hombre Champiñón, y ambos entraron en la sala neutra para aparearse.

—¡Un momento, un momento! Que nadie haga nada todavía. Primero tenéis que decidir qué camino vais a tomar. ¿Me seguís a mí o al narrador?

El pueblo parecía cada vez más apetecible, la sala neutra más neutra que nunca, y el humillo que soltaba el Candelas incitó a la mayoría. Pero por fin llegó el gran instante del primer capítulo, el momento en el que cada personaje tomó partido por una opción u otra, el que marcó el rumbo posterior y último que tomaron todas sus vidas, sus emociones, sus percepciones del relato, el instante en el que...

—¡Ya vale! —me gritó el Candelas—. Acaba de una vez el capítulo y que cada uno haga lo que quiera.

...pues eso, que llegó el momento de decidir. Agrupados por tamaños, los personajes se fueron echando a un lado y dejaron paso a nueve de ellos, cuatro hombres y cinco

mujeres, que con el rostro serio y el paso firme, se adelantaron hasta el sitio en el que el Candelas apuraba el cigarrillo.

Don Dindón salió a la puerta y se puso a un lado para que el resto de los personajes entrara de nuevo a la sala, en espera de que acabara el primer capítulo. La señorita del rosario y el champiñón-cefálico continuaban apareándose, con rosario y todo, y no faltó quien aplaudiera la rara postura que la pareja había adoptado. El orador, con el nudo de la corbata anti-bala casi deshecho, cerró las puertas de la sala neutra, puertas neutras y rechinantes, produciendo un sonido horrible y final. La suerte estaba echada.

[1]. El personaje tenía una placa metálica en la cabeza desde la Guerra de los Cien Años.

[2]. El orador se llamaba don Dindón.

[3]. El tipo de las pistolas se llamaba «el Candelas».